

TAREAS IMPORTANTES

Me levanté de madrugada. No eran ni las 4 y media de la mañana. Me había despertado diez minutos antes y en mi pensamiento sólo rebotaban dos ideas cansinamente: idea nº1 “qué bien se está en la cama calentita”, idea nº2 “la casa está hecha una mierda, sin falta, tengo que limpiarla hoy” Por más que trataba de convencerme a mi misma de que eran compatibles las dos, no podía disfrutar de la calidez de las sábanas. Yo creo que me comía el remordimiento de llevar ya casi un mes, con sus días y sus horas, diciendo “Esta casa está horrible, tengo que darle un buen limpiado” Así que me puse a imaginar un salón confortable, una cocina pulcra y bienoliente, un dormitorio perfectamente ordenado con su cama recién hecha y...salté de sopetón. El impulso me llegó, seguramente, fruto de aquellas sensaciones transmitidas por mi madre cuando tenía 15 años “¡No te da vergüenza estar en la cama todavía! ¡Hace dos horas que tu amiga ha barrido la puerta de la calle! No comprendo ese interés que tenía mi madre y todas las vecinas del pueblo en barrer la puerta de la calle, cuando eso debería haber sido tarea del ayuntamiento y la concejalía de limpieza. Claro que...tampoco había concejalías de limpieza en mi pueblo, cuando yo tenía 15 años. Como quiera que sea, el recuerdo hizo mella en mí y me levanté con una disposición impropia a esas horas de la noche: coger plumero, escobón, fregona y lejía...y limpiar...¡sólo quería limpiar!

Levanté la persiana del dormitorio y miré al trasluz de la farola de la calle. Me quedé unos breves segundos ensimismada en esa porción de espacio que resulta entre la bombilla y la imagen del fondo y, desviando la mirada, enseguida me di cuenta que no había nadie en la parada del autobús, ni un solo coche circulando...por no haber, no había ni personal de limpieza recogiendo basura y baldeando calles, cosa muy normal en la ciudad donde vivo. Probablemente, ya habrían terminado la jornada laboral y estarían cómodamente durmiendo.

De pronto, sentí en mis propias carnes lo que comúnmente llamamos una percepción visual. Discriminé claramente un estímulo externo e interpreté la información que me llegó y que yo relacioné, sin duda, con mi conocimiento previo: ¡estaban cayendo copos de nieve!

Todos sabemos que, desde el enfoque neuropsicológico, la percepción se define como un proceso cortical que resulta de una experiencia sensorial subjetiva, por eso, mi reacción fue inmediata: abrí la ventana y saqué la mano. El objetivo era comprobar que la información lumínica captada por el ojo era una recreación de la realidad externa, y no producto de mi soñera o puede que de mis legañas, siendo la hora que era. Pero no, efectivamente, se cumplía ese milagro que mucha gente, que habita en la costa occidental andaluza añora desde pequeña: empezaba a nevar y cuajaba. Poco a

poco, la nieve iba cubriendo el pie de la farola, el bordillo de la calle... Incluso, se agolpaba desenfadada en el techo de los coches aparcados. La estampa era cada vez más bella, puro ensueño.

Las áreas de mi cerebro relacionadas con el procesamiento profundo y consciente, comenzaron a activarse y todo empezaba a experimentarlo de manera amplificadas. Era como si tuviera un radar que lo captara todo y fuera capaz de reconocer la energía positiva o negativa que circulaba por el mundo, pero además sentía como podía cambiarlo: ¡en esos momentos era posible transformarlo todo!

Las largas colas de personas refugiadas pisando nieve desaparecían, y cada cual volvía a su lugar de origen, afanándose, como antaño, en el quehacer diario de trabajar, comer, reír o hacer el amor. Los niños y niñas de todos los confines de la tierra, jugaban plácidamente delante de una chimenea o construían enormes muñecos de nieve entre las grandes arboledas, antes de sentarse a la mesa de su casa repleta de viandas. Los tanques, las bombas y todo el arsenal nuclear de la tierra, desaparecía bajo un manto blanco de nieve y las noticias internacionales se hacían eco del desarmen... Todo era blanco, color noble, absoluto, puro y perfecto. Símbolo de limpieza interior y exterior. Todo era del color de la inocencia.

Inclinada sobre la ventana, mientras el amanecer regeneraba mis neuronas, fui consciente del cambio que se producía a mi alrededor: la blanca nieve se tornaba agua, y con su movimiento continuo, sin principio ni fin, circulaba limpia a ras de la superficie terrestre, por encima y por debajo, como mar, río, cascada, lago... como libre flujo no contaminado que resultaba clave para la vida y su biodiversidad. Era el agua quien lavaba conciencias, disolvía todo lo rastro, acababa con las guerras, la pobreza, la exclusión social... El agua, fue quien me hizo ver que el mundo es uno y necesita de todas nuestras manos.

Llegados a ese punto, abrí la ventana de par en par y me giré en redondo, nutrida de luz. Me disponía a entrar en faena, cuando descubrí mi casa impoluta. Desorientada de lo verdadero, no tuve más remedio que echar mano de la memoria inmediata, para recordar cuánto había trabajado la tarde anterior para dejarlo todo... ¡como los chorros del oro!